

PRÓLOGO

Madrid. Marzo, 2012

—¡Silencio, rodando! —Se oyó una potente voz al final del set de rodaje.

Esta era una orden que se escuchaba una media de cien veces diarias en el plató de una de las series con más éxito del panorama televisivo español; en esos momentos grababan la quinta temporada. No importaba si se decía con más o menos brío, siempre se gritaba y a nadie le sentaba mal. El silencio inundó el plató de inmediato, los únicos con derecho a emitir algún sonido a partir de entonces eran los actores.

Claro que esta vez la orden tenía un matiz distinto. Hacía apenas unos minutos que un miembro del equipo de eléctricos, el encargado de iluminar cada plano, había sufrido una descarga eléctrica tras subir a una escalera para reorientar un foco. Había caído al suelo a plomo; dos compañeros intentaban reanimarle mientras otros corrían y se afanaban por llamar al 112 para que una ambulancia viniera lo antes posible. El chaval iba camino del hospital con pronóstico incierto. Dos amigos del equipo le acompañaban. Todo el plató estaba en *shock*. Las ciento cincuenta personas que se encontraban en esos momentos trabajando en las instalaciones habían dejado de respirar al mismo tiempo y no podían pensar. En estas estaban cuando oyeron la orden tan conocida pero tan inesperada, teniendo en cuenta las circunstancias porque, además, esta vez no la gritó el ayudante de dirección, sino el mismísimo productor ejecutivo, Íñigo Arruti, que, pese a todo, había decidido seguir con el rodaje para no perder dinero.

—¡Silencio, seguimos rodando! —volvió a repetir.

Pese a lo que pensara su equipo, Íñigo no solo había ca-

librado los costes económicos de parar el rodaje ese día; estaba claro que todos no se podían trasladar al hospital y tampoco le solucionaría nada al chico que sus compañeros se fueran a casa a la espera de noticias. Lo mejor era que permanecieran todos juntos con la cabeza ocupada y, casualmente, esa era la solución que más le beneficiaba a él.

Hubo protestas diluidas en murmullos por miedo a las represalias y todos, cada uno a su ritmo, volvieron al trabajo. Todos menos una, Sofía.

—No puedes hacer esto —le gritó al productor.

El plató volvió a quedar en silencio y las mentes de cada uno se dividieron entre secundar a la chica u obedecer al capo.

Íñigo se lo puso fácil al equipo llevándose la discusión fuera de la mirada y de los oídos de todos.

—Sofía, a mi despacho. —Y dándose la vuelta encaminó sus pasos a su santuario sabiendo que a ella no le iba a quedar más remedio que seguirle.

Sofía formaba parte del equipo de guion desde el inicio de la serie. No solo formaba parte, sino que suya había sido la idea, el proyecto y los guiones de los trece primeros capítulos. Desde que había aprendido a escribir no había dejado de hacerlo ni un solo día de su vida. Tras acabar la carrera, había empezado a trabajar como guionista *junior*. Dos años había estado en ese puesto y durante todo ese tiempo no había dejado de entregar sus propios proyectos a todo aquel que quisiera leerlos.

Un día, sin saber muy bien cómo había ocurrido el milagro, pues ningún productor ejecutivo lee la obra de ninguna principiante, la secretaria del señor Arruti le concertó una entrevista con él.

Ella tenía por aquel entonces veinticuatro años y él, cuarenta y dos. Ella no era nadie y él era Dios. Ella parecía una niña asustada embutida en un traje demasiado serio, demasiado holgado y demasiado feo, y él un hom-

bre maduro, fuerte, atractivo y poderoso que la tendría a su merced durante los siguientes cuatro años. Y además tenía los ojos azules. Este detalle de su físico la desarmaba por completo: tenía debilidad por ese color, por la luz de esos ojos, sobre todo cuando la miraban a ella.

Allí estaban de nuevo. En el mismo despacho donde se habían visto la primera vez. Con un retrato suyo de dos metros de ancho por tres de largo ocupando la pared principal. Recordaba que cuando lo vio por primera vez se quedó paralizada ante la sensación de poder que infundía a toda la estancia. Había estado en otras muchas ocasiones en aquella habitación y no era precisamente sobrecoimiento lo que había despertado en ella un retrato tan intimidante, sino más bien todo lo contrario: entonces lo que le provocaba era un morbo increíble al observarlo mientras Íñigo le susurraba al oído con deseo. Porque había sido algo más que su empleada; Sofía había mantenido con él una relación difícil de definir.

Esta vez, al observar el imponente cuadro, no vio que representase más que la encarnación de un ego desmedido.

—Siéntate —ordenó el productor.

—Prefiero quedarme de pie —dijo Sofía.

—Como quieras. —Él se sentó con la seguridad de saber que, aunque Sofía hubiera medido dos metros, no suponía una amenaza.

—No puedo más, Sofía. ¿Qué ha pasado abajo? —preguntó Íñigo con un tono neutro.

—¿Que qué ha pasado? Jaime va camino del hospital, no sabemos si vivo o muerto y tú has decidido seguir rodando, eso es lo que ha pasado —le gritó Sofía.

—¿Y tú quién eres para cuestionar una orden mía, vamos a ver? Estoy harto de que saltes con cada decisión que tomo. No te debo nada, bonita, y eso es algo que no te entra en la cabeza.

Dolían. Esas palabras dolían porque aunque los argumentos de la trama de la serie se hubieran alejado kilómetros del sentido primigenio con el que ella la escribió, seguía considerándola suya. Racionalmente, Sofía sabía que no era así. Íñigo había decidido producirla. La idea le parecía muy buena. A cambio de ponerla en antena, Sofía tenía que renunciar a todos los derechos y limitarse a trabajar como guionista. Nada más. Cuatro años le había dedicado a su proyecto, que dejó de ser suyo en la primera lectura conjunta de guion. En nombre de la audiencia hicieron tantos cambios que ni ella misma podía reconocer la historia que había imaginado cuando la veía en pantalla. La contrataron como guionista, pero no la dejaron ni firmar como creadora de la serie ni poder para decidir prácticamente nada. Al principio, intentó aceptar las condiciones, pero con los años su paciencia había llegado al límite al ver el folletín en el que se había convertido lo que ella había parido. Y, desde entonces, protestaba cada día.

—Sí, sí que me debes. Me debes ese premio Ondas, para empezar, el único que ha tenido la serie y que es de la primera temporada, la mía.

Íñigo se levantó de un salto, se dirigió a la estantería donde descansaban más de quince premios, cogió el Ondas y lo depositó bruscamente encima de la mesa, justo delante de ella.

—¿Lo quieres? Ahí lo tienes, todo tuyo. ¿Qué más te debo?

Sofía estaba a punto de echarse a llorar. Sabía que iba a ser la perdedora absoluta de esa discusión. Lo sabía desde que había entrado por la puerta.

—Me debes respeto —dijo intentando mantener la voz serena.

—El que no me tienes tú a mí, supongo. Ya está bien, Sofía. He aguantado estos dos últimos años porque te

tengo cierto cariño, pero últimamente lo único que te mantiene aquí es una cláusula de tu contrato que dice que no puedo despedirte. Pero ambos sabemos que la serie funciona sin ti desde hace mucho tiempo.

—La serie es una mierda ahora mismo —protestó ella.

—Lo sé, lo sé, me lo repites al menos dos veces a la semana. Pero la audiencia manda. La audiencia paga, no solo a mí, sino también a todos tus compañeros de allá abajo; y si la audiencia quiere mierda, se le da mierda. Estoy de acuerdo en que lo que tú escribiste era mucho mejor y que la primera temporada fue gloriosa, pero se trata de números, Sofía. Tampoco estamos aquí para hablar de las tramas ni de los personajes, eso ya lo hacemos en la reunión semanal con el equipo de guion. ¿Cómo se te ocurre desafiarme delante de todo dios?

—Que sigas rodando con lo que ha pasado me parece lo más inhumano del mundo.

—¿Ah, sí? ¿Hubieras preferido que parara la grabación y le descontara a cada uno lo que cuesta una jornada perdida? O mejor aún, que corra todo de tu cuenta, ¿te vas a hacer cargo tú? —le sugirió Íñigo.

Sofía iba a replicar diciéndole que pasara lo que pasara quien no iba a perder un céntimo era él, eso seguro; pero se calló. De repente, el cansancio emocional de los dos últimos años le pesó como una losa. ¿Qué hacía ahí? ¿En qué se había convertido? ¿Dónde estaban su entusiasmo, su alegría y las ganas de escribir con las que solía levantarse cada día? Tenía veintiocho años y una tristeza acumulada durante los dos últimos impropia de su edad. Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el sonido del teléfono. Íñigo atendió la llamada y, cuando colgó, le anunció:

—El chico está bien. Ha llegado al hospital con las constantes vitales alteradas, en una situación complicada, pero ya está fuera de peligro. ¿Te quedas más tranquila?

Sofía se llevó las manos a la cara y empezó a llorar de alivio. Íñigo no se movió. La dejó llorar y que se tranquilizara para que estuviera serena y preparada, porque lo que estaba decidido a comunicarle no iba a ser agradable. Cuando el llanto de Sofía cesó, la invitó a que se sentara de nuevo. Esta vez sí le hizo caso.

—Sofía, no podemos seguir así. Ni yo, ni tú, ni la serie. Esto es un martirio para todos. Para ti la primera, creo.

—¿Qué intentas decirme? ¿Me estás despidiendo?

—No puedo hacerlo y lo sabes. Estoy intentando llegar a un arreglo.

No se iba a poner a llorar de nuevo pero tampoco le salían las palabras, se le habían quedado atascadas en la garganta y el estómago comenzaba a ser un agujero que dolía al expandirse. No podía pensar. Seguramente cuando saliera de ese despacho encontraría en su cabeza el discurso perfecto y los argumentos que hubiera querido exponerle. Seguramente cuando saliera de ese despacho se plantearía si había llegado a importarle alguna vez, si él había llegado a quererla.

Íñigo sabía que si Sofía pudiera penetrar en su mente y ser testigo de sus pensamientos hubiera hecho algo drástico. En su día, había llegado a importarle, o más bien, le había hecho gracia; y era consciente de que se había portado con ella como un cerdo. De la noche a la mañana había dejado de interesarle, como todas las anteriores y todas las posteriores; no había nada de especial en eso. Había supuesto que, como la guionista era joven, el desencanto se le pasaría enseguida, pero no había previsto la incomodidad de seguir trabajando con ella al acabar la relación.

La hubiera despedido y ayudado a que encontrara otro trabajo, pero no podía, ella estaba blindada, tenía que estar en plantilla hasta el final de la vida de la serie o hasta que ella misma rescindiera el contrato; había sido la creadora, era lo mínimo.

Durante el primer año después de romper con ella, la pobre chica se presentó varios días en su despacho pidiendo explicaciones. No lo hacía con una actitud desafiante, simplemente quería entender por qué había perdido el interés por ella de un día para otro. Él no tenía nada que decirle. En un par de ocasiones hasta lo había esperado en el portal de su casa y la situación había sido realmente desagradable, pues en ninguna de las dos estaba solo. Luego parece ser que se le había pasado la obsesión, pero eso todavía fue peor. Se convirtió en la defensora incansable del equipo. Entraba en su despacho sin llamar a la puerta para quejarse del trato que se le daba a la figuración, de las horas extras no remuneradas que todos hacían sin poder protestar, de la actitud vejatoria que algún actor con aires de superioridad mostraba ante el equipo de vestuario; por no hablar de que no aprobaba la mayor parte de los guiones, discutía por los diálogos, pretendía replantear las tramas, cuestionaba el perfil de los nuevos personajes, ni siquiera le parecían bien los gags; lo cierto es que nada le parecía bien. Siempre había algo que le chirriaba. Muchas veces tenía razón, por no decir la mayoría, pero su encomienda era ganar dinero, no solucionar los problemas que conllevaba ese objetivo.

—Quiero que te vayas. Podría ser menos brusco pero no quiero darte ningún motivo para que te quedes. Eres un pepito grillo tremendamente molesto. Tu papel aquí hace mucho tiempo que acabó. No has escrito nada que merezca la pena desde hace meses y empiezo a hartarme de tu actitud. —Iba a seguir pero ella le interrumpió.

—Sí que he escrito cosas buenas, pero preferís seguir en la misma línea y no me hacéis caso, las tramas podrían ser mejores y...

—¡Basta!, no quiero que sean mejores. Están bien como están. No quiero volver a tener esta conversación. Basta

ya, Sofía. Quiero que te vayas. Hasta ahora he aguantado, pero que me hayas plantado cara delante de todo el plató ha sido demasiado. De verdad..., piénsalo, estar así es un infierno. Pareces una vieja amargada, todo el día protestando. Por tu bien, quiero que te vayas.

Estaba a punto de ponerse histérica, de gritar, de saltar por encima de la mesa y atizarle con el Ondas, pero no hizo nada. Y lo peor, no podía pronunciar ni una palabra, no le salían. Vivía de ellas y en el momento en que más las necesitaba se habían quedado encerradas en su mente; como si por querer salir todas en primera posición no se dejaran pasar las unas a las otras. Cerró los ojos y balanceó su cuerpo adelante y atrás. Tal vez si se tranquilizaba fuera capaz de hablar, pero ¿qué le iba a decir? Hacía meses que incluso ella misma había empezado a pensar que estaba perdiendo su tiempo y su talento en esa madriguera. Mientras seguía con el balanceo, Íñigo sacó un talonario de su cajón, escribió una cifra y lo depositó sobre la mesa.

—Creo que es más que suficiente. Seguramente más de lo que obtendrías si me llevaras a juicio.

Juicio, ¿qué juicio? Era lo último que se le habría pasado por la cabeza. Miró la cifra. Era alta. Pero era menor de lo que ganaba la pareja protagonista al mes e infinitamente menor que los beneficios que había sacado Íñigo por su trabajo. ¿Cuánto valía su amor propio?, pensó mientras se levantaba de la silla. ¿Cuánto valía su salud mental?, siguió pensado mientras se daba la vuelta de camino a la puerta. ¿Qué precio le ponía a su dignidad? ¿Era más digna ante los ojos del todopoderoso Íñigo por coger el cheque o por dejarlo? ¿Y ante ella? Llegó hasta la puerta lentamente y lentamente agarró el picaporte.

—Sofía, cógelo, no seas tonta.

En sus nublados pensamientos vislumbró que, si cogía el cheque, Íñigo respiraría aliviado. Habría pagado

una cifra alta por ese alivio y quedarían atrás sus remordimientos de conciencia, si es que alguna vez los tuvo. En esos mismos nublados pensamientos le puso precio a los últimos cuatro años de su vida.

—Dobla la cifra —le pidió de espaldas a él y mirando la puerta.

Oyó como Íñigo habría de nuevo el cajón y volvía a escribir en la chequera. Ella se volvió, cogió el cheque mientras le miraba a los ojos, solo para comprobar que era capaz de desengancharse de ellos, y salió por la puerta dando un portazo que hizo que hasta el retrato que presidía el despacho se tambalease.

Eran las cinco de la tarde. Quería irse de allí cuanto antes. Bajó al plató y localizó a María, su mejor amiga, compañera de piso y ayudante del departamento de vestuario. No quería asustarla. Solo le dijo que se encontraba mal y que se iba a casa. Tiempo habría de explicaciones. Antes de echarse a andar de camino al metro, llamó al compañero que se había ido con el eléctrico al hospital. Jaime estaba bien y lo tenían en observación. Mañana se pasaría a hacerle una visita, decidió.

Nueve kilómetros separaban su casa de La Ciudad de la Imagen, un complejo de empresas dedicadas al sector audiovisual, que incluía platós de programas y series de televisión. Un paso le llevó a otro y dejó la parada de metro atrás. Siguió caminando. En esos momentos, sentía que no tenía fuerzas para relacionarse con nadie, no se veía capaz de hablar, aunque solo fuera para que la dejaran pasar entre la multitud en el vagón. Se sentía como un fantasma. Creía que si rozaba a alguien, ni ese alguien ni ella misma lo notarían; como Patrick Swayze en *Ghost*. Nunca había notado un vacío tan absoluto. Siguió caminando. Sujetaba el cheque con fuerza, arrugado en su puño dentro del bolsillo del abrigo. El pulso lo tenía concentrado en la garganta y el agujero que había empezado

a horadarle el estómago en el despacho de Íñigo le provocaba náuseas. Estaba tocando fondo, de eso estaba segura, porque no se había encontrado tan mal en la vida.

Sin quererlo, se coló en su mente un recuerdo, se vio a sí misma esperando a que viniera Íñigo a visitarla a las once de la noche. Sofía hacía muchos planes con sus amigos, pero si recibía una llamada o un simple WhatsApp de Íñigo, los anulaba de inmediato; siempre estaba disponible para él. Revivió aquel día con crudeza, recordó que estaba agotada, María y ella se habían puesto el pijama a las ocho de la tarde, habían cenado una *pizza* y se habían ido a la cama temprano. Estaba ya medio dormida cuando sonó el teléfono, era él y le preguntaba si le apetecía que fuera a verla. Claro que le apetecía. Se levantó medio dormida, se duchó, se puso una ropa nada casual y se maquilló. Le esperó sentada en la salita de estar como si todo fuera de lo más natural. Cuando llegó, se fueron a su habitación, se quitó la ropa que no hacía ni veinte minutos que se había puesto y tuvieron sexo. Media hora de charla después, Íñigo salía por la puerta de su casa. Ese recuerdo empezó a atormentarla, pues era un fiel ejemplo de lo que ella había estado dispuesta a hacer por verlo. Se sintió humillada y con la autoestima por los suelos. El problema era que no solo se sintió así entonces, sino también en otros muchos momentos. Dos años había durado su relación y dos más el tormento de tener que verlo cada día en el plató.

¿A qué se había enganchado exactamente? De nada sirvieron las advertencias de María y David, amigo y también compañero de trabajo que estaba al tanto de sus idas y venidas con el jefe. Era una relación secreta, tan secreta que Sofía estaba convencida de que Íñigo mantenía algunas otras del mismo tipo; pero, por aquel entonces, cuando esa idea la acechaba intentaba pensar en otra cosa. Justo en ese momento empezaba a ser consciente de los

hechos y, cuanto más consciente era, más rápido desaparecían las últimas brumas de su relación con Íñigo que comprimían su alma. Respiró hondo con la bocanada más grande que había dado en cuatro años. Se había ido. Íñigo se había ido de su ser del todo y eso, en cierta forma, le dio pena. ¿Qué haría ahora? Se había quedado sin trabajo y también sin el sujeto del que colgaban sus pensamientos. El vacío, sentía el vacío y solo podía seguir caminando. No era consciente de cómo había llegado al Puente de Segovia, tampoco de las horas que llevaba andando, pero de repente era de noche. Miró el reloj: las diez.

Cuando abrió la puerta de su casa David y María se abalanzaron sobre ella. Habían empezado a llamarla nada más acabar la jornada y, al no localizarla, se habían preocupado. David había hecho el recorrido del plató a su casa dos veces mientras María la esperaba angustiada en el salón. Al no encontrarla habían decidido esperarla juntos.

—Dios, ¡qué susto! ¿Dónde has estado? Pensábamos que te había pasado algo —exclamó María aliviada al verla entrar.

—Mi niña, tienes un aspecto horrible. Estábamos a punto de llamar a la policía —añadió David.

—No sé, he empezado a andar y no he visto la hora —respondió Sofía con un hilo de voz.

—Ven aquí, anda. —David se la llevó al sofá y la abrazó mientras María le acariciaba el pelo. Y allí, entre los abrazos y los mimos de sus amigos, se echó a llorar.

Sofía les contó todo. La conversación con Íñigo, lo del cheque y los sentimientos y conclusiones que empezaban a aparecer en su cabeza sobre los últimos cuatro años. A ninguno de los dos se le ocurrió decir: «te lo dije», los amigos no hacen eso.

—No habrás tirado el cheque, ¿no? —preguntó María yendo a lo práctico.

—No, lo tengo aquí. —Sofía rebuscó en el bolsillo de su abrigo y sacó un talón tan arrugado como una servilleta de papel después de una mariscada.

María lo cogió y empezó a alisarlo con las manos. David y Sofía la miraban como si practicara un conjuro.

—Bueno, esto es lo que vamos a hacer: te vas a duchar con agua bien caliente mientras preparamos la cena y después de comer algo te vas a meter en la cama con una pastillita mágica que tengo y que te va a hacer dormir como un bebé —propuso su amiga.

—Otra cosa, Sofía, Íñigo nos ha llamado cuatro veces. Por lo visto creía que ibas a hacer algo dramático después de la discusión y estaba preocupado —comentó David.

—¡Que se joda! —exclamó Sofía—. Pero no os quiero meter a vosotros en un lío. Llámale y dile que estoy bien.

—Mejor le escribo, ¿vale? No me apetece hablar con él.

Debajo de la ducha consiguió aclarar un poco sus ideas. Decidió que iría a su casa, a Vitoria, a ver a sus padres y a sus hermanos. Necesitaba estar con su familia unos días. Les contaría que se había quedado sin trabajo. A su madre le iba a dar algo. Le dejaría la mitad del cheque para que se lo custodiara y se sintiera más tranquila y después haría un viaje. Se iría lejos, cuanto más lejos, mejor.